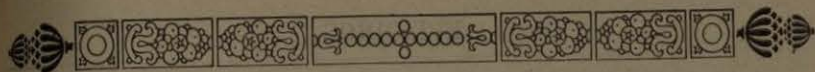


ron recibos firmados por Santos Estrada Jefe de las Armas de San Andrés, y respetaron la propiedad ajena, sin atreverse á despojar á los pasajeros de su dinero y valores y hasta barras de plata que algunos llevaban consigo.

El mismo norteamericano agregaba que, siendo portador de un magnífico catalejo, uno de los revolucionarios quiso comprárselo y le ofreció ciento veinticinco pesos por él. Dice mi informante que pretendió obsequiarlo al revoltoso, más éste de ninguna manera lo aceptó alegando que tenían órdenes terminantes de no aceptar obsequios ni despojar á nadie de objetos de su propiedad.

Hoy en la mañana se sabe que C. Guerrero está en estado de sitio, y que algunas ciudades de dicho Distrito ya están en poder de autoridades maderistas.

Hecha esta larga información, á la que todavía faltan inmensos detalles, pasaré á referir la batalla librada el domingo, de la cual fui testigo ocular."



Batalla en el Cerro del Tecolote.

EN las primeras horas de la madrugada del domingo, una columna militar formada por setecientos hombres entre infantería, caballería y rurales, y comandada por el Brigadier del 20.º Batallón, Sr. Juan Navarro, emprendió la marcha con intenciones de llegar á Guerrero, que, como se sabe, es uno de los Distritos de la serranía; más no habían caminado seis millas, cuando fueron sorprendidos y atacados por los maderistas.

Las personas que transitaban por el suburbio de la garita occidental oyeron las detonaciones de la fusilería, y exaltados de terror y miedo llevaron la noticia al centro, la cual con asombrosa rapidez extendióse por todo Chihuahua. Llegar á mi conocimiento y emprender la marcha hacia el teatro del combate fué todo uno para mí, mientras tanto, el camino que allá me conducía estaba hinchado de personas que, ávidas de presenciar el espectáculo, dirigíanse al mismo lugar valiéndose de caballos, bicicletas, motocicletas y otros géneros de cabalgaduras, así como de automóviles, carruajes y demás vehículos.

EPISODIOS

Al fin llegué al escenario donde los actores reñían encarnizadamente.

La mañana no parecía de Otoño; el cielo, lejos de ofrecer el gris plomoso de los días autumnales, sin densos nubarrones que lo entenebrecieran, sino apenas salpicado por diminutas nubes, antojándose blanquísimos copos de espuma, lucía esplendida y luminosamente el azul prúscico de su inmensidad, donde el sol tendía sus hebras áureas como si fuese en una de las maravillosas alboradas primaverales.....

Las diez de la mañana serían aproximadamente cuando llegué al lugar del combate, ubicado seis millas al oeste de Chihuahua, entre las rancherías denominadas Las Escobas y El Fresno; y desde luego procedí á examinar con atención, aquel hermoso campo que la naturaleza ofrecía para la lucha del trabajo, y que los humanos empleaban para las luchas fratricidas.....

Varias colinas de poca elevación han formado un valle ó llanura de extensión corta, surecado por un arroyuelo que en su cauce ostenta únicamente los guijarros y los riscos que dejaron las pasadas corrientes cristalinas.

El camino carretero se desliza casi paralelamente al arroyo, y en él estaban posesionadas las tropas federales en momentos de ser atacadas.

Encontrándome á una distancia como de un kilómetro del lugar donde se desarrollaba el trágico suceso, pude apreciar hasta los más minuciosos detalles las peripecias de la encarnizada lucha, que dió principio á las nueve de la mañana para terminar muy cerca de las doce del día.

Los antirreeleccionistas parapetados en la cúspide del montículo que ocupaba la derecha del camino, permitieron



Castulo Herrera, Ceferino Perez y Antonio Ruiz jefes insurrectos.

que pasaran de largo las avanzadas y el grueso del ejército, atacando la retaguardia. Inmediatamente un correo, á galope tendido, dió aviso á la vanguardia, que sin pérdida de tiempo retrocedió para prestar auxilio á los de las últimas filas. Simultáneamente, de la cima de la colina que ocupa la izquierda del valle, principiaron nutridas y continuadas descargas sobre la tropa.

Entre tanto, desde mi observatorio, extático y asombrado y con los ojos atónitos, miraba desarrollarse aquella película que presentaba escenas nunca vistas al par que estremecía mis nervios en extrañas crispaturas, brindándoles emociones y sensaciones jamás vívidas.....

El ejército con singular disciplina y maravillosa precisión en sus evoluciones, al acatar las órdenes de la bélica trompeta, ya se le miraba de pié, ya arrodillado, ya pecho á tierra, ya en conversiones con los flancos, haciendo disparos no interrumpidos sobre los revolucionarios, que en número de veinticinco por la derecha y otros tantos por la izquierda, hacían funcionar los terribles 30x30 contribuyendo á que todo aquel panorama de tragedia se mirase envuelto de torbellinos de polvo y nubes de humo, donde de trecho en trecho y sin cesar, manchado era por el rojo y efímero resplandor de los fognazos.....

El ruido ensordecedor de la mosquetería retumbaba pavorosamente.....

Una de las primeras balas que dispararon los rebeldes fué á dar blanco en el pecho de un Capitán primero del Batallón.

Después de tres horas de combate, los revolucionarios emprendieron precipitada fuga hacia el oriente, deteniéndose después en un cañón de la serranía, en espera de los federales, que se abstuvieron en perseguir á los fugitivos.

Todavía á las seis de la tarde, las tropas levantaron el campo, recogiendo diez cadáveres de los contrarios, 20 prisioneros, sin duda serán ejecutados, y varios caballos y pertrechos de guerra, en tanto que el Estado Mayor pasaba lista, notándose la baja—según se asegura SOTTO VOCE,—de sesenta y tantas plazas que perecieron á los certeros disparos de los maderistas.

El sol comenzaba á ocultarse en el ocaso, y teñía con fulgores cárdenos y empurpurados las crestas de los montes y el azul esplendoroso de los cielos, mientras acá, abajo, el reflejo de aquellos destellos y la sangre que empapaba la tierra, daba á los campos un aspecto de desolación y de tragedia.

Amaneció el lunes, y varios curiosos tornaron á visitar el sitio de la tragedia, en pos de mayores noticias.

Por donde quiera encontré cartuchos de Mauser, de rifles 30 por 40, de pistolas 45 y 44, pues asegurase que fueron disparados más de quince mil tiros.

Mi peregrinación á través de aquel campo de Marte á cada instante me ofrecía conmociones sentimentales: ora me encontraba con piedras salpicadas de sangre; ora tropezaba con cadáveres de caballos, ora veía un corcel herido y abandonado, revolcándose en la tierra y respirar convulsivamente en los estertores de la agonía.....

Recorrí todo el campo, y descendí la última colina, hasta llegar al río Chuvíscar, que baña las faldas de los montículos. Y allí en las márgenes tropecé con los cadáveres de los maderistas hechos materialmente pedazos por las balas del gobierno. Caminé algo más de cien pasos y en la opuesta orilla encontré otro cadáver más, semi envuelto en las malezas que existen en las riberas.

Este último cuerpo era el de un joven, ¿qué digo un

joven? de un niño que á lo sumo contaría 16 años, sin que en sus labios apuntara siquiera la sombra del bozo. Examiné el cadáver con marcada atención, pues bien merecía este niño los honores de una extremada predilección, ya que por defender su causa (buena ó mala,) había cesado de ser un niño para convertirse en hombre y de hombre transformarse en héroe. Su cuerpo ofrecía un espectáculo de horror, dos balas atravesaban el flanco izquierdo del abdomen para salir por el pulmón derecho; un marrazazo abrió terrible herida en el tórax; la punta acerada de una bayoneta le rompió el corazón y dos machetazos formidables le rompieron los labios y la parte inferior del cráneo por donde se asomaba la masa encefálica.....

Los tres cadáveres que todavía al siguiente día se encontraban olvidados en el campo, habían sido despojados de su calzado y de lo que llevaban en sus bolsillos, por esa chusma de seres que jamás dejan de merodear en las batallas, en espera de que la noche tienda sus velos para que, sin temor al respeto de la muerte, se unan al festín de las aves de rapiña cebando su crueldad y su vandalismo en los cuerpos de los vencedores de la suerte.....

Tal ha sido la acción librada el domingo 27 del pasado noviembre á las puertas de la ciudad de Chihuahua.

Este relato no tiene otro mérito que ser descrito por un testigo ocular, sin apasionamiento, con imparcialidad, y solo ajustado á la más amplia fidelidad y veracidad de que puede ser capaz un ser humano.

CUASIMODO.

NARRACION DE JEFES INSURGENTES.

Tres de los Jefes revolucionarios que tomaron parte en ataque al tren en San Andrés y en la batalla del Teco-

EPISODIOS

lote, á quienes conocemos personalmente, nos facilitaron el relato que vamos á transcribir á continuación. Los referidos Jefes son Cástulo Herrera, Ceferino Pérez y Antonio Ruiz.

INFORME que rinden los que subscriben, de las operaciones que han llevado á cabo en el movimiento revolucionario en el Estado de Chihuahua.

El día diez de Noviembre de 1910, á las diez de la noche, nos reunimos en la casa de Máximo Castillo, doce hombres, con el objeto de acordar las operaciones para tomar la plaza de Chihuahua; después de dos horas de discusiones quedó definitivamente convenido que á las dos de la mañana del día 20 á un mismo tiempo se llevaran á efecto los hechos siguientes: dinamitar los cuarteles del 12.º y 3er. Regimiento, cuya tropa ya estaba de acuerdo para dispersarse, suspender el servicio del Telégrafo y Teléfonos, apagar la luz eléctrica, aprehender á las principales autoridades y nosotros entrar á la ciudad con la gente armada que de antemano tendríamos reunida; se acordó igualmente nombrar Jefe de las operaciones en el interior de la población al Sr. Pascual Alvarez Tostado, quien aceptó dicho nombramiento. Con este acuerdo, el día 15, los que suscribimos salimos de Chihuahua y nos situamos en el rancho de las Parritas, propiedad del Sr. Manuel Fuentes, quien nos proporcionó dos caballos ensillados y alimentos por cinco días, mientras que estuvimos reuniendo la gente, y el día 20 nos juntamos al pié de la Sierra Azul noventa hombres montados y armados. En seguida mandamos un correo á Chihuahua con el fin de cerciorarnos si estaba listo todo lo que acordamos, regresando el correo en la tarde del mismo día con la noticia de que el Sr. Tos-



El Sr. Madero y su esposa en el campamento enfrente de El Paso, Texas.

tado no había cumplido con su cometido porque había estado acuartelado desde el día 18. En vista de esto, la misma noche del 20 marchamos por la Sierra para ir á amanecer á San Andrés, como lo verificamos, sitiando inmediatamente la población y mandamos un pliego para las Autoridades intimándoles el rendimiento, pero el mensajero volvió manifestándonos que no había fuerzas ni autoridades en el pueblo, por lo cual hicimos nuestra entrada sin disparar un solo tiro. En seguida se nombró Jefe Provisional de la plaza al Sr. J. Santos Estrada, quien se encargó desde luego de recoger todas las armas y parque que se encontró en el pueblo. Una vez que hubo almorzado nuestra gente, se nombraron cincuenta hombres para que se posesionaran en la estación del ferrocarril Noroeste, porque temimos, como sucedió, que en el tren de pasajeros viniera tropa federal; nuestra gente se atrincheró de un lado y otro de la vía y aun en la misma finca de la estación, con la orden terminante de no hacer fuego mientras el enemigo no lo hiciera. A la llegada del tren, los soldados descubrieron á la gente atrincherada, por cuyo motivo el Jefe de la fuerza federal fué el primero en salir á la plataforma de un carro y hacer fuego con su pistola, pero con tan mala suerte que solo disparó un tiro cayendo luego atravesado por las balas de nuestra gente, dando esto lugar á que se estableciera un nutrido tiroteo entre ambas partes, cayendo como diez soldados muertos en el acto, pues los demás se tendieron en el piso de los carros desde donde disparaban sin cesar, hasta que por nuestra parte suspendimos el fuego porque vimos que los pasajeros iban unidos á los soldados y por esta imprudencia perecieron una mujer, una señorita y una niña. El tren no se detuvo sino hasta unos cuatrocientos metros re-

tirado de la estación y creyendo nosotros que sin duda alguna se bajaría la fuerza para vengarse del asalto que le habíamos dado, tomamos nuevas posesiones para esperarlos, pero con sorpresa vimos que los Oficiales con pistolas en mano obligaron al maquinista y Conductor á seguir la marcha rápidamente. En vista de esto nos reconcentramos en el pueblo sin haber sufrido ni un rasguño nuestra gente, y desde esa hora nos dedicamos á reclutar individuos, á juntar armas y parque y provisionar perfectamente á la tropa. Como medida de precaución, mandamos una cuadrilla de diez hombres para que quitara un tramo de vía y reventara los hilos telegráficos, lo cual se cumplió inmediatamente dando esto lugar á que el tren que regresó en la noche de Madera, se descarrilara, quedando los carros solamente recargados sobre el terraplén pero sin causar ningunas desgracias; así pasó la noche del día 21 y á la mañana siguiente acudimos á socorrer á los pasajeros que se encontraban sin alimentos, entre los que se hallaban muchos norteamericanos que quedaron muy complacidos por nuestro comportamiento. El Superintendente del ferrocarril descarrilado, nos pidió permiso para componer la vía con una promesa por escrito de que no volvería á transportar ni un soldado en sus trenes, á lo cual accedimos inmediatamente, y cuando vino el tren de auxilio, nuestra misma tropa cambió los sacos de dinero, en una gran cantidad, que venía en el express procedente de Madera, así como á todos los pasajeros y sus equipajes. Después de tres días de permanencia en San Andrés, salimos de este pueblo con doscientos veinticinco hombres montados y armados, quedándonos esa noche en la hacienda de La Baeza, donde nos trataron muy bien entregándonos diez carabinas y algunos caballos regulares. A

amanecer del día siguiente, sitiamos á Santa Isabel, pero sucedió lo mismo que en San Andrés, la guarnición y autoridades habían huido, por lo cual entramos sin disparar ni un tiro. Procedimos desde luego á nombrar el Jefe Provisional de la plaza recayendo dicho nombramiento en el Sr. J. Guadalupe Balderrama, quien lo aceptó y protestó su fiel cumplimiento; en este pueblo recogimos algunas armas y unos cuantos hombres que se nos unieron, completando nuestro contingente de doscientos cincuenta hombres, los que dividimos de la manera siguiente: Primera Compañía, al mando del Sr. Francisco Villa con su ayudante y diez Cabos con cuatro soldados cada uno, segunda Compañía al mando del Sr. Santos Estrada con su ayudante y seis Cabos con cuatro soldados cada uno; tercera Compañía al mando del Sr. J. Guadalupe Gardea con su ayudante y ocho Cabos con cuatro soldados cada uno, cuarta Compañía al mando del Sr. J. Dolores Palomino con su ayudante y ocho Cabos con cuatro soldados cada uno y quinta Compañía al mando del Sr. Gaspar Durán con su ayudante y seis Cabos con cuatro soldados cada uno; además se nombró una cuadrilla de exploradores al mando de los Sres- José Jesús Fuentes y Antonio Orozco y una escolta para los Jefes principales. De esta manera salimos de Santa Isabel á las doce del día 26 de Noviembre, tomando el camino de Chihuahua, pernoctando esa noche en el rancho de Los Escuderos á donde llegamos á las ocho de la noche. Al amanecer del día 27, y solo con el objeto de explorar en unas seis horas todas las condiciones de ataque de la ciudad de Chihuahua, para verificar el asalto cuando se nos reunieran las fuerzas de Guerrero, dividimos nuestra gente en partidas de quince hombres con su Jefe dándoles á cada uno un derrotero espe-

EPISODIOS

cial para el objeto. Salieron catorce partidas, quedándonos nosotros en una loma inmediata al pueblo de Chuviccar, cuando serían las nueve de la mañana nos llega un correo del Sr. Gardea que había marchado por la derecha diciéndonos que por ese lado se había descubierto una gruesa columna enemiga que marchaba por el camino de Fresno; inmediatamente y con el mismo correo se le ordenó al Sr. Gardea que sin ser visto por el enemigo, se retirara violentamente á reunírse nos para hacer lo mismo con toda nuestra gente y emprender en seguida un ataque ordenado y seguro; no llevaría el correo ni doscientos metros caminados, cuando se escuchó un nutrido tiroteo por el rumbo del Sr. Gardea, por cuyo motivo despachamos inmediatamente á los Sres. Zeferino Pérez y Alberto Chacón, para que se dieran cuenta de lo que acontecía pero con el objeto principal de retirar á la gente del peligro mientras nos reuníamos, para lo cual el Sr. Vázquez Valdez y nosotros nos dedicamos desde luego á reunir todas las partidas, que ya se encontraban muy distantes unas de otras. A los Srs. Pérez y Chacón les fué imposible retirar aquellos valientes de sus posesiones, y aprovechándose el enemigo de esto, atacó vigorosamente con toda su fuerza que eran setecientos cincuenta hombres, formando desde luego un gran sitio á la meseta donde se encontraban atrincherados nuestros hombres; pero antes de concluir esta maniobra, el Sr. Villa que se encontraba ya en las puertas de Chihuahua, al escuchar el tiroteo, se volvió rápidamente llegando á escape hasta colocarse en el fondo de aquel gran círculo de soldados, con sus quince hombres que traía, quienes desde luego comenzaron su fuego con precisión y rapidez, pero como el enemigo era inmensamente mayor, cuando Villa se dió cuenta de la trampa en



El Gral. insurrecto José de la Luz Blanco y su Estado Mayor.



Caballería de la columna del Gral. Blanco.

que había caído, ordenó á nuestra gente la retirada, pero todavía algunos no lo quisieron obedecer á pretexto de que no habían acabado su parque y estaban haciendo muchos muertos al enemigo. Estos héroes sucumbieron atravesados por arma blanca cuando se les terminó su parque, pues el enemigo les cortó la retirada completamente. Cuando nosotros logramos reunir á nuestra gente, ya era tarde para auxiliar á nuestros heroicos y tercios compañeros, y aunque ordenamos un nuevo ataque, nuestras avanzadas solo alcanzaron á ver las fuerzas federales que entraban de nuevo á Chihuahua esquivando el combate. Hasta el obscurecer nos retiramos de nuestras posesiones para ir á dormir al pié de la Sierra Azul, pero con el propósito de esperar ahí hasta que saliera nuevamente el enemigo á batirnos. Al pasar revista de nuestra gente encontramos que habían muerto siete individuos que fueron, Santos Estrada, Antonio Orozco, Eleuterio Armendariz, Julian Villalobos, Nazario Ruiz, Leonides Corral y otro de apellido Piñón; tres prisioneros y como cincuenta dispersos que se llevaron los Sres. J. Remedios Paz y J. Dulces Nombres Robles, perdiéndose también las armas y parque que traían consigo. En la Sierra Azul permanecemos cuatro días esperando que saliera de nuevo el enemigo, ó que se nos reunieran las tropas de Guerrero para dar el asalto á Chihuahua, lo cual teníamos ya perfectamente premeditado y calculado, pues diariamente, por las noches, mandabamos escoltas de exploradores que llegaban hasta la ciudad inspeccionando todo perfectamente y también con el objeto de traer provisiones. Después de estos cuatro días de estar esperando al enemigo, supimos que había salido de Chihuahua una comisión de personas honorables con el objeto de conferenciar con los Jefes insurrectos pa-

ra ver si se lograba establecer la paz, por cuyo motivo salimos inmediatamente rumbo á San Andrés para tener una conferencia con dicha comisión, cuya conferencia la celebramos en la noche del día 3 de Diciembre en la estación del referido pueblo de San Andrés, donde después de tres horas de discusión, nosotros entregamos por escrito, para que fueran propuestas al Gobierno, cinco cláusulas, que en resumen contenían lo siguiente: Que se concediera una amnistía por el término de un mes, comprometiéndonos á que los insurrectos no promoverían ningún conflicto tan luego como llegaran á su conocimiento los tratados, en cuyo término una comisión de nosotros mismos se entrevistaría con cada uno de los Jefes insurrectos recogiendo las opiniones de ellos, y al vencimiento del término de la amnistía, con todas las opiniones recogidas, se establecerían las bases generales para el establecimiento de la paz, siempre que el Gobierno garantizara el tránsito libre de la comisión referida; estas cláusulas firmadas por nosotros, se las llevó la comisión para mandarlas por Telégrafo al Presidente Díaz, pero viendo que al tercer día aun no se lograba ninguna contestación, y teniendo ya á Navarro en Santa Isabel con mil doscientos hombres de las tres armas, nos decidimos á reconcentrarnos á Guerrero, para cuyo objeto el Sr. Ruiz se llevó á la fuerza por tierra y los demás Jefes tomamos el tren hasta San Ísidro para llegar más pronto con el Sr. Orozco y comunicarle el resultado de la conferencia que habíamos tenido con los comisionados de Chihuahua, para que no estuviera en la creencia de que nos habíamos separado un ápice de nuestro programa. A les dos días llegó nuestra fuerza á Carpio, al mismo tiempo que de Guerrero llegaba el Sr. Francisco Salido con ciento setenta hombres y el Sr. José de la Luz Blanco con

cien hombres. Como ya se había convenido con el Señor Orozco que de nuestra gente le escogeríamos la mejor armada y má municionada, para ponerlas á las órdenes del Sr. Salido que llevaba la comisión de atacar primeramente á Navarro que ya se encontraba en Cerro Prieto, lo cual verificamos en seguida escojiendo cincuenta hombres que pusimos á las órdenes de los Sres. Alberto Chacón y Francisco Vázquez Valdéz, para que se unieran con el Sr. Salido, quienes mácharon al día siguiente á cumplir con su comisión mientras el Sr. Blanco y nosotros, con el resto de nuestra gente, nos quedamos en la Junta con órdenes de resguardar la entrada de tropas federales por el tren. A los tres días de permanencia en la Junta, llegó el Sr. Orozco con cien hombres, y habiéndonos invitado para que lo acompañáramos también á Cerro Prieto, le manifestamos las pésimas condiciones en que estaba la gente que nos había quedado, pues además del mal armamento solo muy contados traían cuarenta cartuchos, pues la mayor parte traían de diez abajo, por lo cual decidimos salir por San Diego del Monte á conseguir más gente, armas y parque, para poder entrar de nuevo en campaña. Ese mismo día salimos de La Junta y fuimos á pernoctar en Agua Caliente, en donde recogimos un hombre montado y armado y algunas provisiones, saliendo al día siguiente y nos quedamos en un ranchito llamado el Carrizo; de este punto salimos otro día, llegando á San Diego del Monte á las doce del día, donde recogimos también algunas provisiones y algo de parque, habiendo salido en seguida para irnos á quedar en la Hacienda del Rubio; en este punto recogimos quince caballos que nos proporcionó el Administrador y se nos unieron doce hombres armados y municionados reco-

EPISODIOS

giendo también algunas provisiones de boca y ropa que se distribuyó entre nuestra tropa....

* * *

Después de estas operaciones que reseñan en su Informe, partieron para el Norte los tres mencionados Jefes revolucionarios con intención de internarse en Estados Unidos, conferenciar con don Abraham González y facilitar el parque necesario á los guerrilleros de Chihuahua. En efecto, una vez que llegaron á El Paso, se ocuparon de hacer propaganda en pro de la Revolución, consiguiendo muchos adeptos, y en la compra de parque y armas que despachaban frecuentemente para el campo de operaciones hasta que llegó el ataque de C. Juárez en el que tomaron parte activa. Antonio Ruiz pasó el río con el Estado Mayor del Sr. Madero y estuvo en el ataque á Casas Grandes pero Cástulo Herrera y Zeferino Pérez se quedaron en El Paso desempeñando importantes comisiones.

IN MEMORIAM.

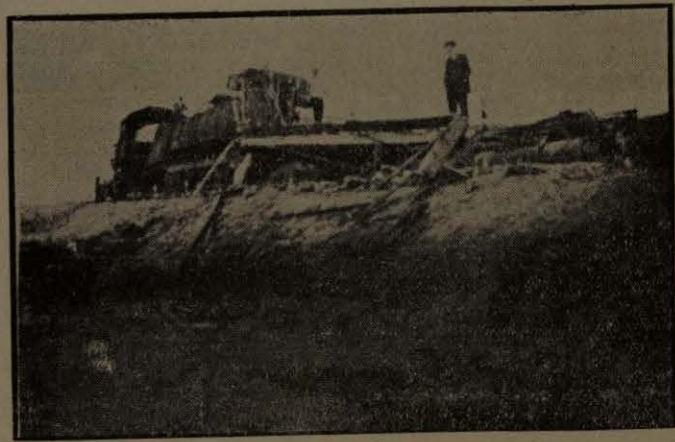
A mi querido hermano Santos G. Estrada, muerto en la batalla del Tecolote, Chih., el día 27 de Noviembre de 1910.

“Nunca había querido creer que tú habías desaparecido, por más que nuestros queridos compañeros del Ejército Insurgente me decían en el campo de batalla, donde yo también participé de su abnegación: tu hermano murió en el Cerro del Tecolote, una de tantas balas mal dirigidas del Ejército del tirano Díaz, le atravesó y cayó sobre las rocas del inolvidable Tecolote, donde en aquel momento combatían en defensa de tu hermano y de sus abnegados compañeros.

Como es natural, las declaraciones de mis amados



El Gral. Orozco hablando con el Dr. Busch cuando llegó á la orilla de C. Juárez la primera vez.



Tren con insurrectos destruido con dinamita por los federales.

compañeros me ponían tan preocupado, que materialmente me magnetizaban, y me parecía verte ir rodando por entre los robles, con el fusil en tus manos, detrás de tus defensoras rocas, que rechazaban las balas de los tiranos y las hacían llorar de sed de sangre hermana, de los hombres que querían ser libres; de la sed de los que más tarde iban á devolver la libertad al pueblo, y de sed por ahogarnos á todos los libertadores y al caudillo de la revolución, don Francisco I. Madero, en una ola de sangre, como lo decía el tirano Díaz.

El día 9 de Junio de 1911, al regresar de las columnas revolucionarias y entrar en nuestra desolada casa habitación, noté un vacío profundo; con los ojos llenos de lágrimas me abrazaron una viuda y dos niños huérfanos que lloraban inconsolables la muerte de mi hermano; eran tu esposa y tus dos hijos; y yo, al ver aquellos tres seres tan queridos, desamparados, mi corazón se retorció de dolor; mi llanto era intenso, y las lágrimas de mis ojos rodaban hasta el suelo donde te hiciste el propósito de morir, querido hermano, en defensa de nuestra patria, de nuestra libertad y en busca de derechos perdidos del hombre. Pero no obstante el profundo dolor que me abatía, reflexioné después de varias horas y me dije para sí: no me queda la menor duda de lo que mis compañeros me decían: mi hermano querido ha muerto; sí, ha muerto, pero esa tan gloriosa muerte de tantos méritos, la tuvieron tú y tus valientes soldados, que derramaron su sangre donde la derramaste tú, dándonos una lección á todos los combatientes por la libertad, de cómo debíamos pelear con los tiranos farsantes, y así pronto los rendíamos ó acabaríamos con ellos, muriendo de nuestro partido siete, por cada ciento cinco de los de la dictadura arraigada. A mí

me queda el profundo dolor de tu eterno sueño, el sueño de la muerte y tu ausencia para siempre, pero me queda la satisfacción y la firme creencia de que Dios coronará tus esfuerzos, y la historia de nuestro triunfo adornará tu tumba con los laureles de la libertad.

Duerme, duerme pues, hermano querido, el sueño eterno. Tu esposa, padres, hermanos é hijos, todos sufrimos tu ausencia, pero estamos en parte conformes, porque moriste defendiendo una causa justa y en mi conciencia y la de todos tus descendientes no pesa una sola responsabilidad, pero sí creo que la hay en uno de nuestros correligionarios, que si tiene sentimientos humanos, le remordará la conciencia al oír decir: en el Cerro del Tecolote murió Santos G. Estrada, por el vicio de enfriar balas en sus adversarios y caprichos de amor propio."

PEDRO ESTRADA.

Entre tanto en Chihuahua se ejercía sobre los habitantes una opresión terrible; se aprehendió á muchos ciudadanos tildados de antirreeleccionistas, entre otros, al Lic. Aureliano S. González, Lic. Tomás Silva, Lic. Pascual Mejía, á José de la Luz Navarro, á Fortino Moreno y á otros varios cuyos nombres no recordamos.

La Jefatura Política daba órdenes estrictas prohibiendo el uso y portación de armas y exigiendo que todos aquellos que fueran poseedores de armas de fuego, las registraran en dicha oficina; pero todo esto lo hacían con intención de recogerlas y perseguir á los propietarios de ellas. La policía cateaba las casas sin permiso y en estos hechos atropellaban á los habitantes allanando moradas sin respeto ni miramientos, robando cuanto podían y ejercitando venganzas personales.

Por aquellos días se había cambiado de Gobernador

recayendo el nombramiento en Alberto Terrazas el hijo menor de Luis del mismo apellido y esto vino á empeorar la situación por la antipatía que se tiene allí á toda esa familia á quien se atribuyen los males que sobrevinieron al Estado. Este individuo, en vez de calmar los animos, los excitaba más y más con ciertas medidas tontas que tomaba, como colocar unos adobes, en forma de almenas, en lo alto del Palacio de Gobierno, permitiendo á los magnates que subieran continuamente á las azoteas del Hotel Palacio, de los edificios más altos y á las torres de Catedral, armados de carabinas y cartucheras, desde donde miraban con anteojos de campaña y haciendo ofrecimientos de miles de pesos al que matara á Pascual Orozco.

La Secretaría de Guerra mandaba tropas y más tropas á Chihuahua, pero era reducido el número de soldados disponibles; pues se vió palpablemente que los cuarenta mil soldados de que se creía disponer, eran solamente en cifras: no había tal número en el Ejército Mexicano. Sin embargo, á Chihuahua enviaron la mayor parte, pero sin resultado y los cuerpos que mandaron fueron reducidos á la mitad. No quedó un cuerpo completo, sino grupos de varios batallones y regimientos mezclados.

Los cuerpos que operaron en Chihuahua durante la revolución, son los siguientes:

Completos de batallones de Infantería núms. 6, 10, 12, 17, 18, 20, 28 y 29 y fracciones de cuerpo de la misma arma núms. 9, 23 y 26.

Además, también varias secciones de artillería de montaña, artillería montada y algunas compañías de ametralladoras.

Con todo su personal, los Regimientos núms. 2, 3, 10, 12, 13, 14 y 16 partidas de los cuerpos montados núms. 7,

EPISODIOS

9 y 11; además de 100 voluntarios de Sonora y 200 de Sinaloa.

Se encuentran entre los primeros Jefes de dichos cuerpos, además del Sr. General Hernández, Jefe de la Segunda Zona Militar, los Generales de Brigada Salvador de los Monteros, Brigadier Gonzalo D. Luque y Juan J. Navarro, además de algunos de los más reputados Jefes de nuestro ejército.

Si á estas fuerzas agregamos las secciones de ambulancia, el 3er. cuerpo de Rurales de la Federación, gendarmes montados é infantes del Estado y cuerpos de voluntarios, nos resultaría que han venido á Chihuahua como unos diez mil hombres, los cuales fueron divididos en los Distritos siguientes: Guerrero, Iturbide, Bravos, Galeana, Camargo, Hidalgo y Andrés del Río.



Piquete de caballería del Gral. Orozco en la vía del Central.



Fernando Sandoval de Carichic y otros insurrectos.

ALFONSO SINA